





CARTAS DESDE BERLÍN



Jose Redondo López

CARTAS DESDE BERLÍN



Primera edición: diciembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jose Redondo López

© Fotografía de autor: Carlos Cano Noguero

© Ilustraciones de portada y contraportada: Alejandro Morales

© Modelo de contraportada (acróbata) extraído de una fotografía de:
Emiliano Ron

ISBN: 978-84-17362-38-6

ISBN digital: 978-84-17362-39-3

Depósito legal: M-7110-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid


editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todas aquellas personas que ayudaron
a construir mi camino,
al igual que las arañas tejen su telaraña.
A Mónica y Emma,
por la telaraña que tejerán poco a poco.*






Las buenas noticias, en la mayoría de los casos,
se dan en voz baja
HARUKI MURAKAMI

No digas de ningún sentimiento que es pequeño o indigno.
No vivimos de otra cosa que de nuestros pobres, hermosos y
magníficos sentimientos, y cada uno de ellos contra el que
cometemos una injusticia es una estrella que apagamos.
HERMANN HESSE

No hay más araña que la que teje.
ANÓNIMO





PRÓLOGO

Lo siento, pero tu vida estaba condenada para
que fueras pisoteada de un momento a otro

Berlín, diciembre de 2008

*«Sólo eran el espectro de lo que pudo ser y no fue, un tren que dejaron escapar,
pero que descarriló en un nuevo destino; una vía que se entreabría dejando pasar,
quizá, las vergüenzas de un mundo enfermo que ya nada tenía que aportar.»*

*

—Creo que ya tenemos final para nuestra obra —comentó el hombre apagando el cigarro.

Dejó la pluma al lado. No le gustaba el uso de la tecnología; por ello, solía hacer copia de todo lo que escribía. Era ineludible: vivían en una casa repleta de velas cuando llegaba la noche.

Ella cogió el cenicero y lo sacó por la ventana. Se asomó: la calle estaba desierta; en el suelo, una capa de hielo. Luego se aproximó a él.

Ella llevaba una bata fina; él estaba desnudo. La mujer tenía un cabello brillante, pelirrojo y algo ondulado. Él, solo canas, y cada vez menos pelo, a excepción de su poblada barba. Ella tenía un tono de voz convincente: estaba segura de sí misma, del valor que encerraba cada palabra pronunciada; él incluso llegaba a tartamudear, como si hablar fuera una labor indebida para él, como si quisiera obviar el verdadero valor de la palabra.

—¿Crees que el final es oportuno?

—Nunca hay un final oportuno —repuso él—. ¿Por qué lo dices?

—Por las arañas. Porque son depredadoras.

—Pero también poseen un cuidado parental.

Recogió los utensilios de escritura. Dejó a la mujer hirviendo una infusión. Fue hasta su cuarto. De un cajón de la mesita de noche cogió una llave. Y, con esa llave, abrió la habitación de las palabras.

Ambos acababan de mudarse allí, no sólo de casa, sino de ciudad. Y, por decirlo de alguna manera, de alma. Lo más importante era que se querían, sin importarles la distancia ni el tiempo.

La habitación de las palabras era una estancia de pocos metros cuadrados. Sólo había un escritorio, una vela sobre este y hojas escritas por el suelo, amontonadas unas encima de las otras. Él había impuesto sólo una norma en esa casa: que ella no pudiera entrar nunca en esa habitación. Él siempre le prometía que, cuando se mudasen a una casa más grande, tendrían una propia habitación de las palabras para cada uno y que la pintaría constantemente ya que en esta las paredes estaban repletas de humedades.

—Soy adicto a tu saliva, a tu sudor en la cama —le repetía él a menudo.

—Sólo eres un niño adicto a los juegos.

Pero lo que estaba pasando no era ningún juego, y lo sabían. No por ello dejaban de disfrutarlo.

Cuando él volvió al salón, ambas tazas estaban servidas. A ella le encantaba tomar té y diferentes infusiones, daba igual la hora que fuera.

Bebieron en silencio, mirándose fijamente mientras sus pies, por debajo de la mesa, se rozaban.

Cuando terminaron, el hombre la tomó por el brazo y la condujo hasta una tercera habitación. A diferencia de las otras, la puerta de esta estaba pintada de rojo. Dentro no había decoración alguna, tan sólo las paredes recién pintadas y en el techo una pequeña cuerda con una estructura redonda de sujeción.

En una de las esquinas había una radio antigua. Cuando fue a poner algo de música, ella le hizo un gesto con la mano.

—Sólo quiero escuchar tu voz.

La ayudó a desnudarse. Tenía un cuerpo muy bonito. El de él también lo era. A pesar de su edad, seguía manteniendo los músculos tra-

bajados. Apenas tenía arrugas, sólo heridas por todo. La luz tenue hacía exaltar sus miembros; sus miradas brillaban de una forma peculiar.

Una hora después, la mujer exhibía su cuerpo desnudo en el aire. Tenía los brazos cruzados por detrás, al igual que las piernas. Todo el cuerpo atado a presión, inmovilizado. Intentaba gemir, pero le había puesto una venda en la boca.

El hombre pasó su mano por todo su cuerpo. Cuando llegó a los pezones, no pudo evitar sufrir una erección, ya que estaban muy duros.

Cuando acabó aquel acto, la bajó poco a poco mientras le quitaba las cuerdas con suavidad. Recuperó la respiración poco a poco, tumbada en el suelo y encogida en posición fetal.

Él la rodeó con los brazos poniéndose detrás suya. Estuvieron otra hora así, en silencio, mientras ella se apaciguaba y él la cubría de caricias y besos en la nuca.

—Vas a tener que dejar de fumar —advirtió la mujer.

—¿Por qué?

—Estoy embarazada.

Las caricias se pararon de golpe. Notó que su cuerpo se enfriaba.

—¿Estás...?

—Sí, segura y embarazada.

—Pero no es posible.

—Tu semen caliente entra cada día por mi vagina, lo extraño es que no lo estuviera.

Pero ella sabía muy bien a qué se refería. Y al cómo.

—No va a ser una persona normal.

—¿Es qué nosotros lo somos? —repuso ella girándose hacia él. Su mano acarició su rostro con dulzura.

—No me imaginaba llevar un carrito de bebé a estas alturas.

—Tampoco un carro de la compra —le reprochó ella.

No contestó a aquello porque, aunque lo hería, sabía que decía la verdad.

Al tercer mes de embarazo, compraron un colchón nuevo. Él había terminado de formar su equipo profesional y ganaba más dinero. Un nuevo artista, de Brasil, lo ayudaba a reformar la carpa de circo.

—Tengo miedo de que un amor como el nuestro desaparezca —se sinceró una noche mientras corregían la obra que estaban escribiendo.

—Nuestro amor, aparte de ser hermoso, es verdadero. ¿Por qué piensas eso? —replicó ella.

—Por eso, porque es hermoso. Y todo lo hermoso es destruido por el humano.

Cada día que dormían juntos se levantaban temprano y volvían a tirarse al colchón, haciendo el amor durante horas; de ahí que no les importara ni la distancia ni el tiempo.

A menudo se peleaban, reprochándose cosas del pasado que debieron ser enterradas en lo más profundo de sus corazones. Pero aquello dolía; en parte, habían sido cómplices de un asesinato, del desprovisto de lo onírico, como un recipiente hecho añicos. Y no en balde, como el calvario de una madre ante la muerte de un hijo, la compostura de la mujer se hacía cada vez más inestable. Ya ni sus ojos parecían humanos en ocasiones. No era de extrañar, puesto que ella había dejado atrás el mundo de las luces y se había entregado al de las sombras. Algo tan oscuro, a la vez de justo, no podía durar toda la eternidad y, menos, una vida humana entera. Corrían un grave peligro; por ello la pareja huía de un lugar a otro.

Estaba de seis meses cuando se mudaron por tercera vez de casa. Era pequeña, pero la más acogedora para su gusto. Estaba situada en el barrio de Pankow.

—En el fondo estás vacía, como tantas cosas que dejaste atrás olvidadas —le había dicho en una fuerte discusión.

Esa vez, él se marchó de casa. Preocupada, acudió a la carpa de circo, pero nadie sabía dónde estaba.

Ella no podía ir a la policía, ya que lo que iban a hacer era algo ilegal. No es que fuera algo ilegal, es que era irreal.

Cinco días después regresó. Entonces supo que tendría que acostumbrarse a ver cómo su amado abandonaba la casa y no volvía hasta que volviera a entrar en razón. Quizás, hasta que no diera el valor adecuado a esas palabras.

Esa vez, temblaba tanto que la mujer no pudo reprocharle nada. Se limitó a guiarle hasta la cama y a prepararle una sopa bien caliente.

—Va a ser un niño.

Fue incapaz de decir nada. Ella, en cambio, comenzó a llorar. Cuando el hombre se percató, se giró hasta ella y le limpió las lágrimas.

—Me duelen mucho los ojos.

—Eso es porque nunca habías llorado tanto —entonces la abrazó, buscando un refugio, buscando... su corazón—. Perdóname... —le susurró al oído.

—No —le cortó ella—. Me tendrás que perdonar tú a mí.

La mujer se sentía cada vez más afligida siguiendo con su misión. Ya había dejado atrás su realidad, sin lugar a duda, pero no quedaba más remedio que aconsejar a la naturaleza y que ella, relegada de la flor de la sabiduría, también le aconsejara, a esperas de algo mejor, por muy insignificante que fuera.

No por ello, por los hechos pasados, por las vidas ajenas, las soledades innatas y la delicada razón de la necesidad, podía dejar pasar aquella oportunidad. Quería ser madre, le daba igual el cómo y el porqué.

—Queda poco para estrenar la obra. ¿Qué harás, seguirás con tu juego? —sugirió él mientras se hacía un porro de hachís.

—Sabes que no es ningún juego. Es mi misión. Quería hacer de este mundo algo mejor. Tú también lo querías.

—Y lo sigo queriendo.

—¿Pues entonces qué haces? —su tono de voz, por primera vez, denotaba rabia. Estaban en la cocina, sentados frente a frente. Fue cuando ella se levantó y le apartó el porro de la mano, arrojándolo a la basura—. Es tu hijo. A menudo me pregunto si te acuerdas de eso, si alguna vez te acuerdas de algo en tu vida.

No fueron capaces de probar bocado en toda la noche. Incluso la rúcula de la ensalada pareció deteriorarse en cuestión de minutos.

Entonces él se levantó y fue hasta la estantería. Tomó un vinilo de Nina Simone. Pista catorce: *I am feeling good*. Los ojos de él brillaron de forma centelleante, al igual que la luz de las velas que rodeaban toda la cocina.

—Hace tiempo que no hacemos el amor con esta canción...

Ella fue incapaz de seguir enfadada. Lo entendía, y lo quería tal como era. Cuando lo tenía cerca dejaba de lado todos sus defectos. Entonces le regaló una sonrisa.



—Había olvidado la comisura de tus labios sonriendo. Y tus hoyuelos, ¿sabes? No he visto unos hoyuelos más bonitos en toda mi puta vida.

Un beso en los labios hizo que la tensión menguara y que pudieran disfrutar de aquella cena para acabar en la cama, desnudos boca arriba, mientras él apoyaba su cabeza sobre la barriga de ella, que ya había alcanzado los siete meses.

—Soy una asesina.

Él apartó su cabeza y comenzó a acariciar su cabello.

—No, no lo eres.

—Y además fugitiva.

Él sonrió.

—Nunca me gustaron las cosas fáciles.

—Y tampoco difíciles —el hombre comenzó a reírse sin darle importancia. Ella pareció quitarse un peso de encima—. ¿De qué te ríes?

—De que eres una araña que quiere acabar de tejer su telaraña, sólo eso. Pero tranquila, aquí estoy yo, y tú; tú estás aquí conmigo.

*

«Así, la araña tejía su camino, casi invisible, pero fuerte, inquebrantable, para poder alcanzar a su compañera, su heroína y antagonista. Las patitas jugaban a mecerse como el ritmo de un vaivén, que viene y va, vuela, al compás y al descompás y, furtivamente, se entrelazaban, se frotaban entre ellas unas centésimas de segundo. Se sienten cobibidas, intimidadas la una de la otra, pero se atraen, como el pan a su molde o la hormiga a la miga de pan; sólo con aquel recelo, con el resquemor de lo indefectible, se sienten vivas; más aún, dispuestas a sentir que, si una no vive, la otra tampoco».

*

La mujer dejó el libro que estaba leyendo a un lado. Hacía tiempo, cuando sus cavilaciones no hacían tanto hincapié en la vida diaria, solían hacer el amor después de leer un párrafo de alguno de sus autores favoritos. En la actualidad, relegaron esa pasión a otra dimensión, lejos de unas páginas que ahora debían de ser leídas y vividas en solitario.

Se palpó la barriga: el ser que habitaba en su interior se impacientaba ante la espera de hallar algo mejor de la especie humana; algo más aco-



gedor que las paredes de carne que lo doctrinaban y confinaban en una prisión acuática y utópica.

Se sirvió un té hirviendo, sentándose en una de las sillas que se disponía en la terraza de su nuevo hogar. Su amado llegó después de dos semanas sin aparecer por casa. Sobre la mesa de la cocina, los platos listos con algo de entrante de silencio.

—Sabía que ibas a venir hoy. Nuestro hijo me avisó esta tarde —comentó, recelosa, con ojos soñadores que parecían mirar a ningún lugar—. No ha parado de darme patadas en todo el día.

No hubo discusión, tomento ni reproches durante la cena, ni siquiera en última instancia. Mientras el mundo girara, ellos permanecerían inmóviles, frente a frente, seguros de sí mismos y raudos en sus no hablars.

—Te prometo que no lo volveré a hacer más.

—Siempre me prometes lo mismo. Ya estoy acostumbrada. Creo que es justo.

—¿El qué?

—Tú me aceptaste tal y como era. Yo debo hacer lo mismo por ti.

—No tenías por qué hacerlo —contestó él.

—No.

—No... pero lo hiciste.

Recogió todos los platos mientras ella descansaba. Sacó de la nevera un postre que había preparado, un *Baumkuchen*. Lo sirvió mientras comían en silencio. El apetito de ella había aumentado considerablemente.

—Faltan unos días para el estreno —él asintió, ausente. No dijo nada. A veces, la condición de humano te hacía galardón de majestuosidades en los momentos más inapropiados. Ella comenzó a hacer más ruido con el tenedor mientras cortaba algunos pedazos—. Ya envié las invitaciones.

Él fue incapaz de acabar el postre.

—Me voy a la cama —sentenció el hombre arrastrando el plato hasta el centro de la mesa.

Cuando ella llegó a la habitación, él estaba desnudo intentando dormir.

Se fijó en que tenía magulladuras por toda la espalda, también alrededor de la cintura.



La mujer fue a por una toalla, varias vendas y desinfectante. Con delicadeza, las curó.

—Has nacido para ser artista —le dijo ella cuando comenzó a quejarse del escozor—. Y los artistas sufren.

—El arte se sobrevalora o infravalora, pero nunca se valora. Y yo soy caprichoso.

Ella sopló las heridas y sonrió. Recordó cuando se conocieron. Él apenas hablaba, ni siquiera se sabía expresar bien. Ella le había dado esa fuerza... ese valor a las palabras.

—¿Ha ido bien el ensayo?

Él asintió con la cabeza.

—Ese circo me va a matar algún día —una vez hubo finalizado su tarea y dejado los utensilios de curación en el baño, fue a apagar las velas de la habitación, que se disponían por el suelo y estanterías. Cuando hizo el amago de soplar, el artista se puso en pie de un brinco, aún dolorido, y la detuvo—. Ya lo hago yo —y las ahogó una por una con un vaso vacío, dejando que el oxígeno se acabara y se apagaran de manera natural.

Aún en mitad de la noche, ninguno de los dos podía dormir. Ella miraba a la pared, a un marco de fotos donde salían ambos; él, al otro lado, miraba a una pared vacía que tenía una pequeña mancha de humedad.

—¿Adónde vas? —quiso saber ella—. Me refiero a cuándo te marchas de aquí, cuando desapareces unos días o unas semanas...

Permanecieron en silencio un buen rato, hasta que decidió contestarle:

—¿Adónde? Ni yo mismo lo sé.

*

«Para salvarse una, la otra debe morir. Amanecerás postizos y quehaceres quebradizos. No eran sólo las decisiones de aquellas arañas, sino las propias acciones de cada una que las juntaban poco a poco, que hacían que sus tejidos se aproximaran en una no tan lejanía. Unos ojos pequeñísimos, sin párpados, obsoletos por el sol; una ceguera intermitente, pero fija en un punto creado para inventar un símbolo. Unas manos rogando una señal mientras la rosa se marchitaba sobre la superficie de la humilde duda».

*



—¿Qué haces? —ella estaba en el marco de la puerta. A pesar de estar a punto de dar a luz, la barriga no le había aumentado excesivamente. Él, que estaba sentado en una esquina de la mesa de la cocina, tenía un cuaderno negro en la mano. No lo cerró, sino que la miró y continuó leyendo como si nada—. Prometiste que tú no mirarías mi cuaderno si yo no entraba en tu cuarto.

Se habían mudado de casa nuevamente. Esta vez fue la definitiva. Y era una preciosa casa con las paredes de madera, al lado de un lago.

—No somos muy buenos con las promesas.

Dejó el cuaderno sobre la mesa y la acompañó escaleras abajo. Tenían un sótano. De un bolsillo de la chaqueta sacó dos llaves idénticas. Le dio uno a ella y la besó en los labios. Abrió la puerta poco después. Se trataba de una habitación espaciosa, con suelo y paredes de madera. Había un gran escritorio y muchas estanterías con hojas apiladas ordenadamente. También había una mesita más pequeña con una silla acorde a su tamaño.

—Ya que no somos una familia normal, nuestro hijo no estudiará en una escuela normal —la mujer sonrió y fue hasta la mesa. Pasó sus dedos por la superficie mientras lo escuchaba—. Voy haciendo una copia de cada carta que le escribo... Me gustaría que las leyeras... no son cartas normales, son cartas desde Berlín...

Al principio, la mujer pareció no escucharle bien. A menudo le pasaba: él tenía el tono de voz muy bajo, como si cada vez que hablase tuviera que pedir permiso. De las cosas que le habían hecho enamorarse, esa había sido una de las más poderosas.

No entendía cómo un hombre tan decidido con los actos pudiera ser tan indeciso con el lenguaje, tan tímido a la hora de sociabilizarse. Ella se había acostumbrado a ello, a intentar escucharle con respeto y convicción. También tenía una manía: podía estar hablando de varios temas a la vez sin profundizar en ninguno; divagaba tanto que a veces la mujer se perdía y le tenía que callar dándole un beso.

Aquella noche decidieron bañarse juntos. Lo hicieron a la luz de las velas para no perder la tradición, aunque no fueran una familia tradicional.

—Antes leí la primera carta —le susurró ella, mientras le frotaba las manos.

Estaban tumbados, ella sobre él. La barriga parecía una islilla en medio de ellos dos.

—Te prometo que no volveré a irme. Que estaré contigo hasta el final.

—Los finales nunca son oportunos —recitó ella recordándole la frase que hubo pronunciado un día. Permanecieron en silencio mientras jugueteaban con sus dedos, mientras él le besaba en la nuca y sentía su tacto una vez más—. Lo echas de menos, ¿verdad? —le preguntó ella.

Pero él se limitó a tragar saliva y a asentir.

—Estoy nervioso...

—¿Por qué?

—No sé. Quizá por las arañas.

Y así llegó el día de la actuación. Cuando entró a la carpa, el padre de su hijo estaba calentando con su compañero brasileño, un hombre atlético de tez morena y ojos de un verde intenso.

Ambos se compenetraban bien. Estaban muy concentrados mientras se escuchaba la música de fondo. En silencio, se sentó en una de las gradas para observarlos.

Una mujer en top se sentó a su lado sigilosamente. Era muy joven, toda fibra. Tenía un pelo tan largo que le llegaba hasta las nalgas.

—Hola, Anna.

Esta asintió en señal de saludo. Anna era de las mejores acróbatas de aquel circo. Una joven con mucha disciplina, tanto a nivel profesional como en lo personal.

—Hace tiempo que no te veía por aquí —pronunció Anna.

—Sí... he estado bastante liada... —su mano fue hasta su barriga, pero ese día se había puesto una túnica negra para disimularla. No quería que nadie del circo se diera cuenta de que estaba embarazada. Anna se levantó—. Tienes el pelo muy bonito.

Anna asintió.

—La semana pasada hice las audiciones para una importante compañía. Prometí una cosa.

—¿Qué prometiste?

—Que, si las aprobaba, me raparía al cero.

—¿Y si las suspendía?

Ella sonrió.

—También me lo raparía.

Entonces la mujer pensó que, incluso la disciplina, al igual que el amor, conocía rarezas.

Una hora antes de empezar la actuación, el público ya hacía fila para asistir al espectáculo que habían escrito juntos. Ella le estaba pintando la raya de los ojos en el camerino. Todos los compañeros circenses estaban fuera calentando. Habían cerrado la puerta para que tuvieran un poco de intimidad antes del espectáculo.

—Si no hubieras estado embarazada, hubieras actuado, ¿y sabes qué araña hubieras sido?

—No, ¿cuál?

—Una viuda negra.

A ella no le hizo ninguna gracia ese comentario. De hecho, le apartó el lápiz y lo dejó en la mesa con brusquedad.

La embarazada observó la actuación en la última fila, entre dos familias alemanas. Se le erizaron los vellos cuando vio a su amado junto al brasileño bailar juntos vestidos por completos de negro y haciendo movimientos aracnoideos.

Cuando hubo un cambio de música, comenzaron a subir por las telas acrobáticas.

Ella comenzó a encontrarse mareada, así que se levantó, haciéndose hueco entre las personas para ir al baño, que estaba situado en el exterior de la carpa.

Nada más cerrarse con el pestiño, se apoyó en el lavadero para recuperar el aliento. Se miró en el espejo; los ojos, inyectados en sangre.

—Las leyendas coreanas dicen que las mujeres con los ojos inyectados en sangre son caníbales —dijo alguien a su espalda.

Se limpió con agua fría el rostro, girando sobre sus talones. No sintió temor alguno, sólo la curiosidad de un niño descubriendo un nuevo mundo. Se trataba de una pequeña araña que se encontraba en una esquina del baño, junto a la papelera.

—Ni soy coreana ni caníbal.

—¿Entonces qué eres?

—Una asesina... Una viuda negra —contestó la mujer, sosteniendo su barriga con ambos brazos.

La araña anduvo lentamente hacia ella.

—Incluso las arañas tenemos que tomar decisiones —dijo la araña.

La mujer se acercó a ella. La miraba fijamente, apretando los labios. No dijo nada más. Conteniéndose las ganas de llorar, pisó a la araña con fuerza, sintiendo una enorme necesidad de realizar aquel movimiento.

—Lo siento, pero tu vida estaba condenada para que fueras pisoteada de un momento a otro. Lo siento de verdad.

Toda la fuerza que la mantenía en pie se marchó cuando la araña fue aplastada. Se apoyó en la pared para caer poco a poco hasta el suelo, ocultando su rostro entre sus rodillas. Notó a su hijo darle pataditas, en señal de ayuda.

—Shhhh....

Llevaba un bolso. De allí extrajo el cuaderno negro. Repasó su interior, mientras las lágrimas caían en las páginas de este.

—Lo siento... —susurró a todos. Susurró a nadie.

Su mano se paró en una página. Tenía un nombre en grande: «Demian».

PARTE I





1

DEMIAN CARTAS DESDE BERLÍN

Palma de Mallorca, julio 2012

Abrí los ojos de súbito. Estaba empapado de sudor. El reloj marcaba las cinco y media de la madrugada. Al lado, una botella de tequila medio vacía.

Lucía me acompañaba aquella noche, pero no en mi insomnio.

Me quedé contemplando su espalda. Hacía cuestión de un año que se la había tatuado entera, pero bajo esos dibujos, si uno se fijaba bien, se descubrían ciertas cicatrices. No había tenido una bonita adolescencia y pensó que, quizá, camuflando aquello con arte las heridas se irían. Pero las heridas siempre volvían a abrirse cada cierto tiempo, y más aquellas que producía uno mismo.

Yo tenía doce años cuando la conocí, en mi desastroso instituto durante mi desastrosa adolescencia.

Ella se sentaba en la última fila. Apenas hablaba con nadie. Mientras las otras chicas de su edad comenzaban a tragar pollas, ella tragaba sus palabras.

—Dibujas horrible —me dijo un día. Exponíamos nuestras obras de la clase de plástica.

—¿Por qué?

—No sé... parece que no tienes sentimientos.



Desde aquel día, comenzó a ayudarme. Descubrí así el origen de muchas cosas.

Antes de las vacaciones de verano, la encontré en el patio. Nuestro instituto estaba rodeado de bosque y tenía varios campos de fútbol, baloncesto y tenis. Lo que un día fue un colegio privado, ahora era un colegio público para salvajes. Y fue allí, en una parte del bosque donde los profesores ni se atrevían a asomarse. Lucía estaba rodeada de un grupo de niñas de su edad que la empujaban de una a otra como si fuera una pelota hasta que una de ellas la cogió por el pelo y la tiró al suelo. La chica en cuestión tenía unas zapatillas nuevas, blancas, impolutas.

—Lámemelas, zorra —el coro de chicas reía. Cuando corrí para ayudarla, unos compañeros me detuvieron—. Chúpamelas, pedazo de guarra.

Entonces Lucía me descubrió en la distancia. No la vi asustada; en su contra, me sonrió. Luego, escupió a las zapatillas, la agarró del tobillo y la tiró al suelo, pero no pudo alcanzarla ya que el coro de chicas se abalanzó encima de ella.

Todas fueron expulsadas durante dos semanas, incluso la policía tuvo que abrir un caso. Lucía permaneció ingresada en el hospital un día y después tuvo que estar en reposo durante una semana en su casa.

Cuando volvió a clase, fue directa a mi pupitre. Aún tenía parte de un ojo morado.

—¿Por qué no has venido a verme?

—Quise ir, pero tu familia no me dejaba —le respondí.

—Mi familia ni hace ni deja hacer nada.

Luego, fue directa al pupitre de la chica de las zapatillas. Esta no se atrevió a decir nada y Lucía, no es que se atreviera, es que prefirió la acción a las palabras. Le cogió un lápiz del pupitre y se lo clavó en el muslo.

Gracias a que cambiaron a Lucía del colegio, comenzamos a vernos más. Cada tarde venía a mi casa de campo, donde vivía con mi padre y mi tío. Ella me enseñaba a pintar y yo, en cierta manera, a hablar. Aún recordaba aquel verano, cuando pusieron el cine al aire libre. Fue nues-

tro primer beso, al menos con lengua y ella me había llevado su mano hasta su entrepierna.

—¿Es qué también te tengo que enseñar a bajar unas bragas?

Pero ahora lo que yacía en mi cama sólo eran restos de aquella furtiva imagen que me sabía a pasado y a restos de tequila. La rebeldía que entonces desprendíamos había desaparecido en un abrir y cerrar los ojos, como aquellas bragas que le quitaba en las noches de cine de verano.

Cuando cumplió la mayoría de edad abandonó el bachillerato. El mundo de la noche y la juerga sin freno pasó a ser una rutina más. Su madurez había sido absorbida por un pozo de crueldad. Defendía su comportamiento humillando a aquellas personas que habían jugado con ella en el pasado. No es que yo fuera una buena persona. Los dos habíamos sido unos hijos de puta; en ocasiones, sólo en contadas ocasiones, con crueles intenciones, pero nunca, jamás, entre nosotros. Entre nosotros existía un pacto extraño. Al igual que un juego, éramos partícipes de ese secreto. Hasta que el juego se acababa, como en todos los cuentos que dibujamos tumbados en el suelo, desnudos, aquellas largas noches de verano.

Así, con el paso de los años, nuestra moral, palabra tan contaminada, mudó de lugar y de espacio. En resumidas cuentas, era otra mujer entre tantas: un bonito cuerpo, buenas tetas y cierto cariño que hasta los más hijos de puta necesitaban, algo así conocido con el sutil nombre de sexo.

Desde el alejamiento de mi padre me volví un tanto intolerante y todo lo demás que empieza con «in», como insociable, incompetente, injustificable y, sobre todo, insaciable en el sexo e inestable en el día a día. Lucía era como yo, aunque más insaciable que inestable —supongo que por eso aguanté tanto tiempo—, por ello no podía empezar algo que no había tenido un principio, algo imposible.

Eduardo Veiga, mi padre, se podría decir que el único hombre que amé en toda mi vida, en el sentido paterno-filial, había cumplido esa teoría con creces: sus palabras se habían follado a sus actos. Sus cartas misericordiosas desde Berlín bastaban un poco, que no lo suficiente, como para no sentir una extrema aversión a su persona.

Sucedió cuatro años atrás. Una noche substituyó su persona por un trozo de papel: «Me tengo que ir. Algún día lo comprenderás. Buenas noches. Te quiero, hijo».

Lucía bostezó, apretando mi pecho contra su espalda. El vestigio de aquella muchacha que usaba más los gestos que las palabras hacía mella en mí; quizá por eso me acostaba con ella, para mantener vivo aquel recuerdo.

—¿No puedes dormir otra vez? —me susurró, cambiando de postura.

Hice un sonido gutural parecido a un «no».

—Estará bien....

Entonces me agarró de las manos y me apretó más contra su espalda. A pesar de la oscuridad, me fijé en un corte que tenía que le iba desde debajo de la axila hasta el pecho.

—Lucía.

—Dime.

—¿Por qué te las hacías? ¿Nunca me lo vas a contar?

—¿Tú alguna vez me has contado por qué tu padre se comportaba así?

—Eso es diferente.

—No, no lo es —repuso ella, por el tono de voz parecía que estaba comenzando a enojarse.

—Sí que lo es. Ni él mismo sabía qué le pasaba.

Entonces Lucía me separó sus manos y se acomodó en el extremo de la cama.

—Puede que yo tampoco.

Cuando bebía alcohol, Lucía podía dormir más de diez horas seguidas. Yo, en cambio, no pude volver a dormir. Aproveché la madrugada para recoger frutas y verduras del huerto. El campo para mi padre era como un hijo más; a menudo, lo mimaba más que a mí. Era extraño ver a un padre cantar a sus plantas y que ni siquiera supiera cantarle una nana a su hijo.

Preparé un buen desayuno. Cuando vi a Lucía entrar por la cocina sabía que no estaba de humor, y que lo mejor en esos casos era hacer como que no existía.

Desayunamos en silencio. Yo devoré los platos; ella, sólo cogió un zumo de naranja, un café y un porro. Salió a la terraza a darse un baño mientras yo recogía la mesa.

Cuando se secó, se puso un vestido muy bonito con estampados de varios colores.

—Era de mi madre, de cuando era feliz sin saberlo.

Lucía me dijo que quería pintar. Yo, a pesar de tener contacto con mi tutor, había dejado la escuela de arte por un tiempo, pero nunca había dejado de pintar.

—Volveré en un tiempo. Sólo que ahora estoy un poco perdido —le había dicho a mi tutor.

—Toda tu vida lo vas a estar —me respondió él.

Pusimos dos caballetes y decidimos que fuera con óleo. Nos gustaba fumar marihuana mientras pintábamos. A mi padre también le gustaba, aunque su psiquiatra constantemente se la prohibía.

—Sabrás qué es lo mejor cuando hagas todo lo que está prohibido —solía decirme.

En mitad de la sesión de pintura, Lucía me pidió diluyente. Fui hasta la habitación del final del pasillo. Aquel cuarto funcionaba como un trastero. Antes de que mi padre se fuera, era su estudio. Constantemente me recordaba que no podía entrar. Quizá ese fuera el secreto más grande de su colección. Una semana antes de que me abandonara, aprovechó que yo estaba en el instituto para vaciarlo y pintar todas las paredes. A pesar de ello, no logró darle todas las capas adecuadas y fue cuando descubrí algunas letras pintadas en la pared. En el suelo, había dejado dos cajas. Una, repleta de recuerdos; la otra, de peluches.

Yo había ido dejando sus cosas allí, para intentar convertir la presencia de mi padre en un recuerdo.

Mientras buscaba en varias cajas, Lucía me sorprendió por detrás. Ella nunca había visto ese cuarto. Cuando sus ojos se posaron en la caja de peluches, no evitó el impulso de coger uno.

—Qué bonitos.

—Mi padre los guardó cuando tenía dos años. Decía que lloraba cuando los veía.

Revisó en la otra caja y encontró un álbum de fotografías. Me puse a su lado y nos quedamos contemplando una fotografía: Eduardo y yo dentro de una carpa de circo. Yo tendría unos quince años. Mi padre me solía llevar a entrenar. Al fin y al cabo, él trabajaba como profesor en la isla, incluso había llegado a formar una escuela. Se me daba bien y él estaba obsesionado en que me convirtiera en un artista como él, decía

que sólo con dolor había un resultado y quizá fuera aquel dolor que le mantuviera cuerdo en ocasiones.

—¿No tienes ninguna foto de ella? —me preguntó Lucía, refiriéndose a mi madre.

Ella falleció momentos después de haberme dado a luz. Eduardo estaba desquiciado desde entonces, pero me quería y, en cierta manera, siempre había cuidado de mí. Cuando mi padre desaparecía emocionalmente en laberintos psicóticos durante semanas, mi tío, Teodoro, hacía de función paterna. Los tres vivíamos en esa casa de campo, hasta que mi tío se marchó a la ciudad.

Cuando mi padre me abandonó, ni siquiera Teodoro supo darme una explicación lógica. Al igual que yo, sabía que mi padre se sentía tan vacío como el hueco que había dejado mi madre. No eran sus palabras, sino sus miradas de reproche: «si tú no hubieras nacido, tu madre estaría viva». Podría haber odiado a mi padre por el hecho de que me abandonara. Aun así, muy dentro de mí sentía una necesidad de volver a verlo. Yo tenía casi dieciocho años cuando eso pasó, y Teodoro volvió a mudarse conmigo a la casa de campo. Él trabajaba como carpintero, oficio que compaginaba con su cleptomanía.

El año pasado, mi tío fue a prisión. Debía cumplir condena durante un año, dos a lo sumo; la razón: robar unos candelabros de la catedral que pertenecían al siglo XV. Los intentó vender en un anticuario, pero el dueño de aquel negocio, que era un válido cristiano, no tardó en llamar a la policía. Desde entonces, lo iba a visitar cada semana. A veces con Lucía, a veces sólo.

—Cuando eras un bebé tenías miedo de la noche. Era raro, cada vez que veías una sombra llorabas. Te agarrabas tan fuerte a tu padre que ni tan siquiera te podían separar de él —me contó mi tío—. Un día, dejaste de llorar de súbito. Esa misma noche, tu padre quemó todas las fotos de tu madre.

No tardé en encontrar el diluyente. Cuando quise abandonar el cuarto, Lucía tenía la vista clavada en la pared. En uno de los laterales podía verse un poco una palabra que mi padre había intentado borrar con capas y capas de pintura blanca, pero era como si aquella palabra estu-

viera maldita y las letras absorbieran la pintura, al igual que la tinta de los tatuajes sobre las heridas de Lucía.

Ponía un nombre: «Abbi».

—¿Así se llamaba? —quiso saber Lucía.

Lucía se marchó a trabajar. Su familia tenía un restaurante.

Mientras la esperaba, coloqué los cuadros. Los tenía en el salón, apoyados uno tras otro. Reparé en el último que estaba haciendo. Se trataba de una mujer que vestía de negro, pero aún no le había terminado el rostro. Aún tenía la incógnita de saber de dónde venía.

Al igual que jamás entendería por qué mi padre me abandonó. Teodoro tampoco lo entendía. Estaba tan enfadado con el comportamiento egoísta de su hermano que ni siquiera lo fue a visitar a Berlín. Algunas llamadas en navidades hacían que aquel respeto no se perdiera del todo, que aquel vínculo de hermanos no desapareciera. Mi tío decía que su mujer, mi difunta madre, le había hecho enloquecer; que no era el mismo desde entonces.

Nada más marcharse a Berlín, comenzó una rutina. Me escribía una carta al mes y me enviaba algo de dinero. Asimismo, en cada cumpleaños, aparte de la carta, me enviaba un regalo. Mi cumpleaños fue el mes pasado: no había recibido ningún regalo, ni tampoco una carta. Era la primera vez que lo hacía y eso conllevaba a que creciera una angustia dentro de mí que daba paso a un vacío existencial: mi padre también se había olvidado de mí.

Bajo la cama, guardaba en una caja todas sus cartas, ordenadas por fechas. No sabía por qué las guardaba, quizá fueran en honor a todas las fotografías de mi madre que él había quemado.

Cogí la última que me había enviado.

Querido Demian,

siempre me he preguntado cómo despedirse de alguien que realmente no has conocido. Y quizá sea eso lo que me pase ahora.

Ni yo mismo encuentro las palabras para expresarte por qué te abandoné. Las razones son varias; entre ellas, el miedo. Quizá sea el miedo a enfrentarme a la verdad, o puede que

a mí mismo. Quizá sea el miedo al propio miedo lo que me impide actuar.

Hemos mudado nuestra gran carpa a un parque en el centro. Han venido varios artistas nuevos que me hacen recordar a cómo te cuidaba, o intentaba hacerlo.

Tengo las mismas ganas de verte que siempre, pero aún no ha llegado el momento. Me cuestiono constantemente si hay un tiempo establecido para cada cosa, pero creo que no, que todo llega de golpe, sin previo aviso. Y te da una patada en los huevos cuando menos te lo esperas.

El otro día me acordé de cuando estuve unos meses ingresado por mi fobia con las enfermedades. Los hombres de mi familia han estado siempre malditos del corazón, y creía que nos iba a pasar lo mismo a nosotros. Me acuerdo cuando me levantaba cada noche llorando porque pensaba que iba a enfermar y que iba a desaparecer sin poder haber sido un buen padre. No sé si lo he sido. Quizá no estaba hecho para serlo, o quizá directamente no estaba hecho para este mundo, sin más. A menudo me pregunto si los padres se cuestionan la vida que les espera a sus hijos, lo que le pueden dar. Y lo que le pueden quitar.

Siempre nos centramos en dar, pero obviamos que cada vez que lo hacemos, perdemos algo, puede que, de nosotros mismos, puede que de los otros; a menudo, de ambos.

Espero haberte dado algo más, aparte de mi locura.

A veces me daba la sensación que tú crecías más rápido que yo. ¿Te acuerdas cuándo me afeitabas la barba? Tenías solo seis años y te subías a ese taburete que teníamos y me recortabas cada pelo. Incluso cuando tenía pesadillas te levantabas y me hacías una sopa, hasta me soplabas para que no me quemara la lengua. Siempre te reías de mis gestos. A lo mejor nunca fui un adulto, quizá aún me estoy preparando para ello mientras tú lo hiciste cuando sólo eras un crío. Ojalá te pase al revés ahora, y puedas disfrutar de las cosas que no pudiste cuando intentaste ser un niño.

Por aquí todo sigue igual, seguimos actuando, dando clases, aunque ahora entiendo que me faltaron las clases más importantes, esas que no te enseña ningún profesor.

¿Recuerdas mi obsesión por las palabras? Pues ahora me faltan, y a veces, como en esta carta, no sé cómo expresarte todo lo que te quiero contar. Es como si me hubiera cansado de hablar, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir. La diferencia es que nunca me he expresado correctamente, ni contigo, ni conmigo mismo, ni incluso con tu madre, y quizá ahora las palabras intenten ejercer una venganza contra mí.

Te quiero. Lo sé porque cada vez que creo que te puede pasar algo malo mi estómago se encoge y se me nubla la vista. Porque cada vez que intento escribirte una carta coherente mi cabeza va a esos recuerdos, a las conversaciones en nuestra chimenea en la casa de campo, o cuando le gastábamos bromas a tu tío.

Me he pasado toda la vida quitándote cosas; al menos nunca te quité las ganas de jugar, ni de soñar. Espero que no sea demasiado tarde para agradecerte tus lecciones, por ayudarme a comportarme como un adulto.

Perdona por no usar teléfono ni redes sociales, ya sabes mis ideales. Siempre he soñado con un mundo donde no se comercializara con cosas tan vitales como la homosexualidad o el feminismo, pero el mundo va más rápido que yo y sabes que a veces me pierdo con tanto ruido.

Antes de despedirme una vez más, quería preguntarte cómo está Lucía, si vas a volver pronto a la escuela y, sobre todo, si vas a responder algún día a alguna carta. El otro día llamé a tu tío y le quedan sólo unos meses para salir de la cárcel.

Espero que nunca pisemos una, aunque creo que desde que nacemos estamos condenados a vivir en una de ellas sin que nos demos cuenta.

Tengo el presentimiento de que algo va a pasar en poco tiempo. Y no vas a estar preparado. Uno nunca lo está para las cosas que no quiere escuchar, ¿verdad?

Te quiero.

Hasta que nos veamos, que será más pronto de lo que crees.

Era la primera vez que me citaba eso: «Hasta que nos veamos, que será más pronto de lo que crees». A lo mejor su marcha a Berlín no fue

una despedida en sí, sino una preparación para esta. Pero mi padre no era de aquellas personas que preparaban las cosas.

Cogí del cenicero parte del porro que se había dejado Lucía y fumé mientras contemplaba el lienzo de la mujer sin rostro. Quizá mi padre había estado haciendo eso toda su vida: intentaba dar forma a algo que no existía.

Pensando en las cosas que nunca le había dicho, el sueño volvió a visitarme.

*

Estaba con mi padre caminando por una estrecha calle del casco antiguo de la ciudad. Era de noche y lloviznaba. Las viejas farolas apenas iluminaban el lugar por donde caminábamos. A paso rápido descendíamos por una travesía donde todos los negocios se hallaban cerrados a cal y canto. No se escuchaba ni un alma. Ni humo de cigarrillos nocturnos, ni besos en rincones escondidos, ni los tacones de aquella adolescente que huía de sus padres a media noche.

—¿Crees que estoy demasiado loco? —me preguntó.

—No, sólo pienso que eres un incomprendido.

—Me da la sensación que aprendo más de ti que tú de mí.

Esa noche su barba había adquirido un color especial con la luz de la luna. Sus pelos grisáceos ganaban a los más oscuros.

En ese instante, antes de llegar a una calle principal que conectaba con una amplia carretera, mi corazón comenzó a latir rápidamente. Eduardo se abalanzó a por mí cuando caí al suelo. Sólo veía su rostro gritándome, pero apenas podía oír nada.

*

Lucía me levantó de aquel sueño que se repetía semana tras semana. De pequeño me aterraba la noche y ahora vivía en ella. Mi tío solía decirme que las personas no cambiábamos, sino que dentro de cada uno de nosotros convivían varias personas.

Encendimos unas velas y nos bañamos en la piscina que había bajo el porche. Ella había leído esa carta varias veces.

—No le encuentro nada raro, tu padre siempre te escribe como si fuera el fin del mundo. Además, sigue siendo un egocéntrico.

Pero yo no estaba convencido, y sabía que algo le había pasado. A pesar de su enfermedad mental, nunca jugaba con las palabras.

—Vamos a la cama —susurró Lucía, poniéndose de pie. Se había quitado las bragas y las estaba estrujando en mi cara. En la entrepierna, en el muslo derecho, tenía otro pequeño corte. Era el único rincón del cuerpo que había decidido no tatuarse—. No hay que borrar todas las heridas. Tenemos que recordar lo gilipollas que fuimos en el pasado.

Esa noche dejé a Lucía roncando en la cama mientras fumaba en el porche. Cuando exhalé la última calada, me fijé que el humo se había quedado en un mismo sitio en el aire y que apenas se movía. Detrás, un arbusto. En este, divisé una sombra que, con el humo, pareció formar la figura de una persona.

Cuando me quise acercar, aquella figura desapareció corriendo.

Y pensé en mi padre, en lo gilipollas que había sido huyendo de su propio hijo.

